

Arthur Schopenhauer

El arte de insultar

Edición e introducción de Franco Volpi



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Die Kunst zu beleidigen*
Traducción de: Fabio Morales

Primera edición: 2005

Segunda edición: 2011

Décima reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Verlag C. H. Beck oHG, München, 2003

© de la traducción: Fabio Morales García, 2005

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2005, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-4332-8

Depósito legal: M. 450-2011

Composición: Grupo Anaya

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Un abecedario de insolencias, por Franco Volpi
11	1. El insulto como último recurso
16	2. La escuela de la impertinencia
17	3. Reservas
19	4. Schopenhauer como maestro en el arte del insulto y de la ofensa
27	5. El presente florilegio
31	Ediciones consultadas
33	El arte de insultar

Introducción

Un abecedario de insolencias

por Franco Volpi

1. El insulto como último recurso

El arte de insultar es el complemento perfecto del manual *El arte de tener razón*, un repertorio de treinta y ocho estratagemas que Schopenhauer compuso para uso personal pero que nunca llegó a publicar¹. Al final de su preciosa colección de ardidés y trucos que debían ayudar a concluir debates y discusiones de manera exitosa, es decir, a derrotar al oponente con independencia de la verdad, Schopenhauer especificaba los límites de cualquier técnica argumentativa, y con ello la necesidad de un arma adicional y extrema: Si nos topamos con un

1. Una edición del texto original alemán preparada por mí apareció como: A. Schopenhauer, *Die Kunst, Recht zu behalten*, Insel, Fráncfort del Meno, 1995, hay traducción castellana: *El arte de tener razón*, Alianza Editorial, Madrid, 2010.

contrincante más avezado y hábil que nosotros, de nada nos servirán los recursos dialécticos o la astucia expositiva; en el nivel discursivo de la argumentación seremos inevitablemente derrotados. Eso no significa, empero, que la partida esté irremediabilmente perdida. Como *extrema ratio* –así lo sugiere Schopenhauer con una atrevida insinuación– nos queda un último y pérfido expediente, el número treinta y ocho de su catálogo, que aconseja lo siguiente:

Cuando se advierte que el adversario es superior y que uno no conseguirá llevar razón, personalícese, séase ofensivo, grosero. El personalizar consiste en que uno se aparta del objeto de la discusión (porque es una partida perdida) y ataca de algún modo al contendiente y a su persona: esto podría denominarse *argumentum ad personam*, a diferencia del *argumentum ad hominem*: éste parte de un objeto puramente objetivo para atenerse a lo que el adversario ha dicho o admitido sobre él. Al personalizar, sin embargo, se abandona por completo el objeto y uno dirige su ataque a la persona del adversario: uno, pues, se torna insultante, maligno, ofensivo, grosero. Es una apelación de las facultades del intelecto a las del cuerpo, o a la animalidad².

2. A. Schopenhauer, *El arte de tener razón*, cit., p. 70. Cf. también, del mismo, *Parerga und Paralipomena*, en *Werke in fünf Bänden*, editado por Ludger Lütkehaus, Haffmans, Zúrich, 1988, vol. IV, p. 370 s.

Schopenhauer añade a continuación: «Esta regla es muy estimada; pues, como cualquiera puede ponerla en práctica, se usa con gran frecuencia»³. Se trataría de algo sabido, por lo demás, desde la Antigüedad:

¿Cómo no habrían de conocer también los Sofistas el remedio que le permite a cualquiera ponerse a la par con cualquier otro y salvar hasta la más grande distancia intelectual? Me refiero a la ofensa. Las naturalezas inferiores se sienten instintivamente compelidas a usarla en cuanto perciben la superioridad espiritual de alguien⁴.

Así pues, insultar, ofender, injuriar, herir y calumniar son el resultado inevitable –como también lo demuestra con creces la experiencia cotidiana– de muchas de nuestras discusiones y polémicas. Las consecuencias son harto previsibles: «Cabe preguntarse a qué otra regla se podría recurrir para contrarrestar la presente; pues si se emplea la misma, el resultado será una pelea, un duelo o un proceso por difamación»⁵.

Schopenhauer contempla con preocupación esta posible escalada, y opta por aconsejar a los interlocutores no llegar a tales extremos. Piensa que lo mejor y más prudente es evitar por todos los medios dejarse arrastrar por una espiral tan peligrosa. Con esta finalidad nos imparte algunos consejos prácticos:

3. *Ibid.*

4. Schopenhauer, *Parerga und Paralipomena*, cit., vol. IV, p. 49.

5. *Ibid.*

1. Uno podría ignorar impertérrito los insultos y las injurias del oponente, o restarles importancia. Una serie de ejemplos y anécdotas clásicos que Schopenhauer trae a colación demuestran claramente que los hombres sabios, incluso después de haber sido objeto de las mayores injurias e improperios, no se dejaron provocar y mantuvieron la serenidad⁶.
2. Todavía más prudente es el consejo que Aristóteles da en las *Refutaciones sofísticas*: Uno debería poner todo su empeño en evitar trabar discusión con el primero que se presente o con quienes no saben lo que dicen, como los Sofistas. En una palabra: se debería escoger minuciosa y cautelosamente a los interlocutores con los cuales se quiere conversar en serio.

A pesar de todas estas medidas, los insultos e injurias son –como cualquiera sabe demasiado bien por experiencia personal– un género en el que todos nos vemos involucrados a menudo, por más que deseemos evitarlo. En algunas situaciones de la vida parece sencillamente imposible retirarse o

6. Cf. *ibid.*, pp. 373-375; cf. también *Skizze einer Abhandlung über die Ehre*, en A. Schopenhauer, *Der handschriftliche Nachlass*, edición de Arthur Hübscher, 5 volúmenes, Kramer, Fráncfort del Meno, 1966-1975, vol. III, pp. 488-490; trad. cast.: A. Schopenhauer, *El arte de hacerse respetar*, Alianza Editorial, Madrid, 2004, pp. 80-87.

permanecer neutral, pues –según nos advierte Schopenhauer– quien es insultado, pierde su honor, aunque el causante de la ofensa sea «el canalla más abyecto, el bruto más estúpido, un ladronzuelo, jugador o contractor de deudas»⁷. Por lo tanto: «Una grosería vence todo argumento y eclipsa cualquier intelecto», y «Que la verdad, el conocimiento, el espíritu y el ingenio vayan recogiendo sus cosas, pues han sido barridos del campo por la divina grosería»⁸.

Schopenhauer insiste en este punto en su *Esbozo de un tratado sobre el honor*:

La *grosería* es una propiedad que en lo tocante al honor sustituye y supera a cualquier otra. Si por ejemplo alguien demuestra en una discusión, o en una simple conversación, disponer de un conocimiento más riguroso de un asunto, de un amor mayor hacia la verdad, de un juicio más ponderado que nosotros, o, en general, de cualquier ventaja espiritual que nos haga sombra; entonces podemos neutralizar inmediatamente esta y toda otra superioridad, así como la carencia en nosotros que ella haya puesto de manifiesto, y aparecer nosotros en cambio como superiores, simplemente siendo groseros⁹.

7. A. Schopenhauer, *Parerga und Paralipomena*, cit., vol. IV, p. 368.

8. *Ibid.*, p. 371; cf. A. Schopenhauer, *El arte de hacerse respetar*, cit., p. 72 s.

9. *Skizze...*, cit., p. 485; (*El arte de hacerse respetar*, cit., p. 72).

Se trata principalmente, por lo tanto, de que tales eventualidades no nos tomen por sorpresa.

2. La escuela de la impertinencia

Aunque el espíritu humano es capaz de producir todo tipo de escarnios, insultos e injurias con prolífica espontaneidad, especialmente cuando se siente agredido, no siempre se nos ocurre el impropio exacto o la ofensa más pertinente cuando más lo necesitamos. Así, el ofender y el insultar, para ser eficientes y alcanzar su meta, deben ser aprendidos y ejercitados, como sucede en la esgrima o cualquier otra técnica de ataque o defensa. Y aunque los insultos y las ofensas suelen ser un signo de temperamento colérico, también presuponen cierto refinamiento. Si uno quiere herir al oponente con una expresión de escarnio completamente apropiada, agudamente pensada y precisamente formulada, necesita disponer de la técnica correspondiente, una técnica que debe ser adquirida y cultivada.

Pero, ¿cuál? Y ¿dónde y con quién puede aprenderse? Schopenhauer viene aquí en nuestro auxilio. El filósofo de Danzig parece haber practicado el género de la burla, el insulto y la ofensa con especial predilección; y aunque nunca escribió un *Arte de ofender*, numerosos indicios permiten colegir

que estuvo a punto de hacerlo. Sirva como prueba este catálogo de insultos, injurias, ofensas y escarnios dirigidos a los más diversos destinatarios, extraídos de sus obras publicadas y póstumas, y agrupados aquí por nosotros bajo el título de *El arte de insultar*.

3. Reservas

En honor a la verdad hay que conceder, sin embargo, que Schopenhauer habría considerado con cierto disgusto un arte semejante. Ya las estrategias bastante útiles de su *Arte de tener razón* no le parecieron más que tretas y ardidés abyectos e indignos, de los que el hombre se vale con malicia para superar a los demás. De ahí que los repudiara y nunca los diera a la imprenta¹⁰.

El filósofo de Danzig habría sentido una reserva similar, y con mayor razón, hacia el *Arte de insultar*. Insultar y burlarse es un recurso perverso, vulgar y de mala educación, y desde la altura aristocrática de su inteligencia filosófica Schopenhauer odiaba descender a un nivel tan bajo. Los motivos de su rechazo se siguen ya de la definición clara y precisa que da del tema:

10. Cf. A. Schopenhauer, *Die Kunst, Recht zu behalten*, cit., p. 12 s.; trad. cast.: *El arte de tener razón*, cit., pp. 16 y ss.

La injuria, y el mero insultar, es una calumnia sumaria, sin mención de razones; esto se podría expresar bien en griego: ἔστι ἡ λοιδορία διαβολὴ σύντομος [el insulto es una calumnia abreviada]. [...] Hay que conceder, sin embargo, que quien insulta pone de manifiesto que no tiene nada sustancial que oponerle al otro; ya que de lo contrario lo invocaría como premisas y dejaría que el auditorio extrajera su propia conclusión; en lugar de ello, proporciona la conclusión y queda debiendo las premisas, queriendo dar a entender así que ello sucede únicamente en aras de la concisión¹¹.

El insultar conlleva además el riesgo —como ya se mencionó— de una escalada de consecuencias funestas contra la que Schopenhauer nos previene insistentemente, pues «las injurias son como las procesiones, que siempre regresan a su punto de partida»¹².

No obstante, apenas disimula su satisfacción al describir dicha escalada: «[La satisfacción consiste en que] cuando alguien sea grosero, uno lo sea aún más; y si esto no se logra con insultos, que se recurra a los golpes. También aquí se da una gradación en el rescate del honor: las bofetadas se curan con golpes de bastón, y los golpes de bastón con latigazos; e incluso contra estos últimos hay quien recomienda probar con escupitajos. Sólo cuando estos

11. A. Schopenhauer, *Parerga und Paralipomena*, cit., vol. I, p. 361.

12. *Ibid.*, p. 379.

remedios llegan demasiado tarde para curar al paciente, se hace inevitable recurrir a intervenciones sangrientas»¹³.

Es cierto que todo lo anterior es severamente censurado. Schopenhauer no alberga al respecto ninguna duda: «Toda grosería es en el fondo un recurso a la animalidad, por cuanto declara sin lugar tanto el conflicto de las fuerzas espirituales y del derecho moral, como su resolución por medio de razones, sustituyéndolos por una lucha de las fuerzas brutas»¹⁴. Rebajarse a ese nivel significa, en el fondo, apelar al derecho del más fuerte.

4. Schopenhauer como maestro en el arte del insulto y de la ofensa

Por ese solo hecho, Schopenhauer habría sido reactivo a la idea de escribir un *Arte de insultar* ordenado metódicamente en reglas. Reunía en su persona, eso sí, las mejores condiciones para llevar a cabo semejante empresa. En sus escritos –sobre todo después del tratado *Sobre la voluntad en la naturaleza*, de 1836– da rienda suelta a su agudeza polémica, se expresa frecuentemente con mordacidad sarcástica e hirientes burlas, usa sin escrúpulos insultos y tér-

13. A. Schopenhauer, *Skizze...*, cit., pp. 484 y ss. (*El arte de hacerse respetar*, cit., pp. 71 y ss.)

14. *Ibid.*, p. 485 (*El arte de hacerse respetar*, cit., p. 74).

minos desdeñosos, dirige ofensas e injurias contra todo tipo de personas, y se desata en improperios y maldice a todo lo que se le pone por delante. Se le puede considerar, por lo tanto, como uno de los grandes maestros en el arte de insultar.

Cabría, por otra parte, examinar algo más de cerca el trasfondo biográfico que subyace a una impertinencia de tan categóricas proporciones. Es conocido su temperamento sanguíneo, tajante y fácilmente irritable¹⁵, así como su carácter pesimista y misantrópico, todo lo cual le creó problemas incluso en el seno de su familia, dio lugar a desagradables contratiempos y se convirtió en causa principal del penoso distanciamiento con su madre, como el epistolario familiar pone descarnadamente de manifiesto. Johanna parece dar en el clavo cuando le escribe a su hijo lo siguiente:

Deberías ser más cuidadoso cuando emites juicios generales; ésta es la principal lección que te imparte el mundo circundante; es dura, pero si no cambias, lo será aún más, y probablemente serás muy desgraciado. [...] Tu sabiondez arruina todas tus virtudes y las ventajas que el mundo podría obtener de ellas, sólo porque no puedes controlar tu obsesión de querer saberlo todo mejor que

15. No carece de interés la descripción de su carácter, basada en datos grafológicos, hecha por Ludwig Klages, «Schopenhauer in seiner Handschrift», *Zeitschrift für Menschenkunde*, 5 (1926), pp. 1-16; hoy incluida en los *Sämtliche Werke*, vol. VIII, Bouvier, Bonn, 1971, pp. 609-626.

nadie, encontrar errores por doquier salvo en ti mismo, y corregirlo y dominarlo todo. [...] Si fueras menos de lo que eres, provocarías risa; tal como eres, resultas extremadamente desagradable [...] Haces que las personas se irriten contigo sin necesidad¹⁶.

Y, en una de sus últimas cartas antes del rompimiento: «Te has acostumbrado demasiado a insultar. [...] me parece que descalificas y desdeñas excesivamente a quienes no son como tú»¹⁷. Ello explica también las amargas palabras de despedida:

Ya estoy cansada de soportar tu comportamiento [...] Te has apartado completamente de mí; tu desconfianza; tus críticas hacia mi vida y hacia la manera en que elijo mis amistades; tu conducta excluyente; tu desprecio hacia mi género; tu manifiesta resistencia a contribuir en lo más mínimo a hacerme feliz; tu avaricia; tu mal humor, que desahogas en mi presencia sin la menor consideración hacia mi persona; todo esto y mucho más, hace que me resultes odioso, y nos distancia¹⁸.

La actitud misantrópica, sarcástico-pesimista e irritable de Schopenhauer afectó no sólo su vida fa-

16. L. Lütkehaus (ed.), *Die Schopenhauers. Der Familien-Briefwechsel von Adele, Arthur, Heinrich Floris und Johanna Schopenhauer*, Haffmans, Zürich, 1991, p. 187.

17. *Ibid.*, p. 216.

18. *Ibid.*, pp. 220 y ss.

miliar, sino también la relación con su entorno social y profesional, y, en general, con sus compañeros y contemporáneos. Numerosos casos ya legendarios han dado a sus biógrafos material jocoso y variopinto para sus narraciones¹⁹. Todo comienza cuando, estando en el colegio de Gota, el genial alumno redacta una sátira contra el catedrático Christian Ferdinand Schulze, que le es tomada a mal y provoca su expulsión del centro educativo²⁰. Luego en la universidad, el talentoso y prometedor joven asiste, con impaciencia y aversión, a las clases de algunos catedráticos, en especial de Fichte, cuya *Wissenschaftslehre* (Doctrina de la ciencia) rebautiza como *Wissenschaftsleere* (Vacío de la ciencia). Le cuesta controlar su lengua afilada, incluso frente a Hegel, el filósofo estelar de la época, con quien se enzarza en una polémica cuando defiende su tesis de habilitación. Esta terrible confrontación termina costándole a Schopenhauer su carrera académica. Su exclusión de la universidad, ciertamente injusta, pero de la que él es el principal responsable, lo disgusta aún más y lo aleja para siempre de los catedráticos y filósofos profesionales de todas las tendencias, a los que tacha en su panfleto *Sobre la filosofía*

19. La mayor parte está contenido en A. Schopenhauer, *Gespräche*, edición de Arthur Hübscher, Frommann-Holzboog, Stuttgart-Bad Cannstatt, 1971; y en A. Hübscher, «Schopenhauer und die Kunst des Schimpfes», *Schopenhauer-Jahrbuch*, 62 (1981), pp. 179-189.

20. Cf. *Der handschriftliche Nachlass*, cit., vol. I, p. 4.

universitaria de practicantes de una «filosofía bastarda».

Entre los numerosos motivos que lo obligaron a ocuparse detallada y personalmente del problema de las ofensas, cabe mencionar el proceso por difamación que cursó en contra suya una vecina de nombre Caroline Marquet. Ésta lo habría molestado al charlar con amigas en la antesala de su vivienda mientras él se hallaba sumido en su actividad de pensamiento, o acaso –según la versión de otros maliciosos cronistas– mientras atendía la discreta visita de su amante, Caroline Medon. Aparentemente, Schopenhauer habría agredido físicamente a su vecina de cuarenta y siete años de edad, la cual cayó por las escaleras y sufrió heridas. Tras un penoso proceso que se extendió durante cinco años, Schopenhauer fue sentenciado a pagarle una pensión vitalicia.

No es de extrañar, pues, que se interesara por el problema de las ofensas y las injurias incluso desde un punto de vista jurídico, y que leyera obras especializadas sobre el tema, como por ejemplo el libro de Marquard Freher, *Tractatus de existimatione acquirenda, conservanda et omittenda, sub quo et de gloria et infamia* [Tratado sobre la adquisición, conservación y dilapidación de una buena reputación, así como sobre el honor y la infamia] (Basilea, 1591), o la investigación, en tres partes, de Adolph Dietrich Weber, *Sobre las inju-*

rias y los libelos (Schwerin-Wismar, 1798-1800, reeditado en 1811 y 1829), a la cual se refiere en su *Esbozo de un tratado sobre el honor*²¹.

A medida que Schopenhauer envejece, se acentúa su intransigencia contra todo lo que le parece equivocado en el mundo. Ya no se guarda nada para sí, y, sin temor a ser tachado de grosero, recurre con una frecuencia cada vez mayor al arma precisa del insulto y la ofensa. Hegel y otros pensadores contemporáneos son quienes más suscitan su indignación; sin parar mientes en la dialéctica y la argumentación concreta, ahora recurre directamente al arsenal que había venido acumulando a lo largo de los años, formado de burlas, libelos difamatorios, improprios, ofensas, maldiciones y amonestaciones; así como a todas las armas verbales con las que la madre naturaleza había dotado a su temperamento. «Filosofastros», «charlatanes», «estúpidos», «fanfarrones» –algunos de los calificativos más suaves con los que etiqueta a sus adversarios– aparecen esparcidos por los escritos de sus últimos años, a saber, en: *Los dos problemas fundamentales de la ética* (1841); el prefacio a la segunda edición de *El mundo como voluntad y representación* (1844); la segunda edición, muy aumentada, de su tesis doctoral *Sobre la cuádruple raíz del principio de razón suficiente* (1847); el panfleto *Sobre la filosofía universitaria*, incluido en

21. *Skizze...*, cit., p. 477; (*El arte de hacerse respetar*, cit., p. 49).